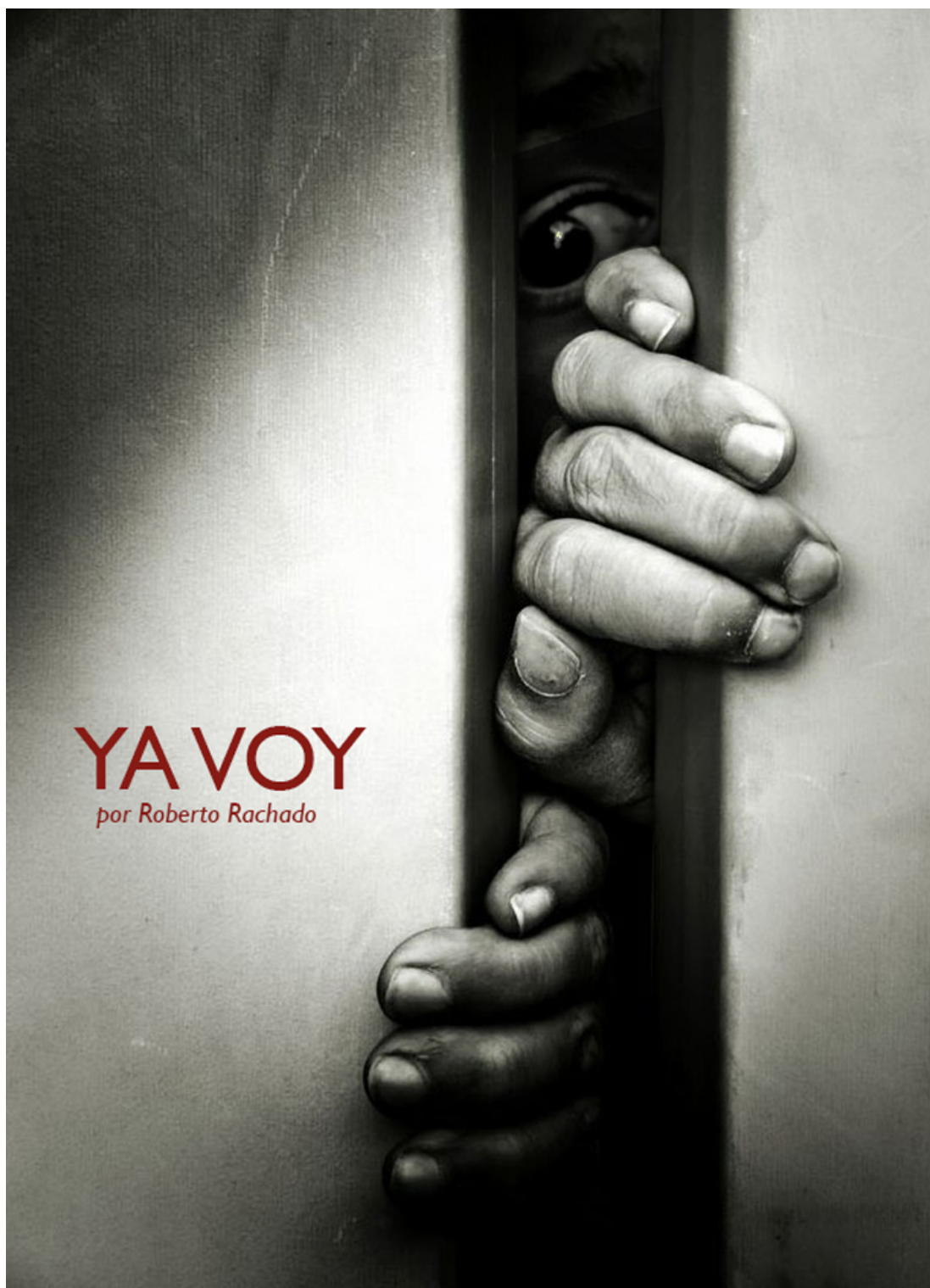


Ya voy

Roberto Rachado



YA VOY
por Roberto Rachado

Capítulo 1

YA VOY

Fue como un cuerpo muerto que se desmorona y cae al suelo de forma inminente. Un chasquido seco y rápido despertó a Sara, e hizo que abriera los ojos de golpe y sin reacción alguna del resto de sus extremidades. Tenía el sueño ligero. No hacía falta mucho más para sacarla del placentero sueño que sabía que estaba teniendo, pero que ya no recordaba.

Con los ojos como platos vio la puerta de la habitación abierta. Ni tan siquiera tenía que girar un milímetro la cabeza para ver el pasillo débilmente iluminado por la luz procedente del ventanal. La farola que se encontraba fuera guardando la noche en el jardín, como siempre, repiqueteaba de forma incansable proyectando una falsa tormenta en el interior del largo corredor. Sus eufóricos fogonazos eran como si un ejército de paparazzis se encontrara fuera fotografiando el pasillo sin tregua.

Sara se había vuelto a quedar dormida en la cama de sus padres. Ahora la única propietaria de esos 190 centímetros era su madre, a la que le parecían 190 kilómetros de soledad. Por eso, desde que su padre se había marchado "a por tabaco", acompañado de una jovencita de la que Sara podía ser su hermana mayor, la mayoría de las noches, ella se quedaba acostada junto a su madre hasta que ésta caía rendida. Cuando cedía a los encantos de Morfeo, Sara le secaba los restos de lágrimas, que todavía brillaban en esas mejillas sonrosadas y marcadas por la edad. Le daba un beso en la frente y volvía a su propia cama para por fin poder ser ella la que dejara desatar la lluvia de sus ojos.

Pero esta vez no. Esta vez, el cansancio había hecho que cayera antes siquiera de pensar en si su madre por fin se había dormido; o seguía amortiguando el sonido del llanto contra la almohada, intentando que Sara no lo notara.

Sara estaba exhausta, así que por una noche no cambiaría de cama. Además, sentía el intenso helor de la noche en la mano que salía fuera del cálido y mullido edredón, con la que podía rozar con la punta de los dedos la pequeña alfombra del suelo.

Sólo pensar en el frío de sus pies descalzos pisando el piso hasta su habitación reafirmó su decisión. Se quedaba con su madre. Volvió a cerrar

los ojos intentando no desvelarse.

- Braaaaah Oooy...

Un rumor gutural e inhumano le hizo meter el brazo dentro de la cama con un gesto tan inconsciente como veloz. El sonido había sido muy leve y sigiloso, pero podía identificar su ubicación: El final pasillo.

Un latigazo de terror recorrió su ser desde los pies hasta la punta de cada uno de sus cabellos.

- Yaaaaagggaaah Ooooggoy...

Esta vez fue más claro y nítido que el anterior, dejando claro que no era un sonido; parecía más bien un gruñido. Una amenaza con un toque de lamento como nunca antes había sentido. Inmóvil y rígida como una tabla, Sara seguía con la mirada clavada al pasillo.

Tras ella notaba la respiración y el cuerpo de su madre pegado al suyo, que la abrazaba relajada y dormida, dejándole caer el peso sobre su espalda.

Sara quería girarse y alertarla, o por lo menos poderla avisar para que despertara; pero sus cuerdas vocales eran órganos inertes incapaces de pronunciar palabra.

- ¡Yaaaaaaaaah Oooooooooooy!

El aterrador gemido se escuchaba un poco más cerca con el paso de cada segundo, que a Sara le parecían eternos lapsos de castigo.

- Ma...ma...Mamá – Balbuceó Sara. Su garganta decidió darle una tregua y dejarla emitir de manera torpe unas cuantas sílabas.

A continuación, silencio total.

Quería despertar a su madre, pero debía llamarla con un poco más de fuerza. Por un instante parecía que el tiempo se hubiese detenido. La quietud era tan profunda en ese instante como la oscuridad que la farola, al dejar de alumbrar, había provocado. El tintineo lumínico cesó, y sólo el suave reflejo de la luna dejó una penumbra de pasillo.

El silencio se apoderó de la noche.

- ¡Yaaaaaaaa Vooooooooooy! – Aullaron desde la mitad del pasillo, rompiendo la mudez del momento. Las dos palabras, aún cargadas de un espeluznante clamor, fueron claras y concisas.

- ¡Mamaaaaá! – pudo articular Sara con un poco más de soltura.

- Shhhhhhhhhh - Escuchó Sara chistar a su madre, como tratándole de decir que volviera a dormir.

La discontinua luz de la farola volvió para dejar vislumbrar pequeñas formas en el pasillo; pero en esta ocasión una mancha macabra se había unido al mobiliario. Una silueta reptante se deslizaba hacia la habitación.

- ¡Yaaa Voooooooooooy! – repitió de manera torpe la misma voz que parecía ahogarse con su propia lengua al querer hablar.

- Mamá... despierta...por favor... - Musitaba Sara paralizada y de espaldas a ella.

- Shhhhhhhhhh - Un reiterante murmullo fue la respuesta de su madre mientras, adormilada, le acariciaba suavemente el pelo.

La farola de la calle seguía parpadeando sin ningún patrón concreto. Y aquello que quisiera que fuera, estaba muy cerca de la puerta. Sara empezaba a apreciar los monstruosos detalles de aquel ser.

- ¡Yaaaa Voooy! – Repitió la criatura que se movía hacia ellas a cuatro patas y con movimientos lentos y torpes.

- Ma...mamá...por favor... - Sara apenas podía seguir diciéndolo. Cada palabra le dolía al pronunciarla por la lucha contra su cuerpo, que no quería dejarla hablar.

- Shhhhhhhhhh - Fue de nuevo la contestación, sin dejar de pasarle los dedos por la melena con dulzura.

Los pómulos de Sara comenzaban a estar húmedos por las lágrimas amargas de pánico que no podía retener. Aún así, veía mejor a eso que no le quedaba más de un metro para llegar al quicio de la puerta.

Era humano, o por lo menos lo había sido en algún momento. Le pareció que tenía el, largo y rizado, cabello empapado de agua. Un nuevo repiqueteo de la farola quiso hacerle ver que no era agua, sino sangre.

Se trataba de una mujer. Una moribunda mujer que gateaba tropezándose con sus propias extremidades y cayendo de bruces al suelo cuando intentaba llevarse la mano a la garganta.

- ¡Ya voy Sara!... cariño mío...

El temor estalló en la mente de Sara cuando por fin descubrió qué era lo que trataba de agarrarse al marco de puerta. Eran despojos de lo que una vez fue una mujer. Y esa mujer era su madre.

- Ya voy a ayud...

La puerta se cerró rápida y ágil con un fuerte crujido, dejando los restos agonizantes de su madre fuera. Con el cuello convertido en una incesante

frente de sangre la madre de Sara exhaló su último aliento tras aquella puerta convertida en un muro de madera.

- ¡Shhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh! Descansaaa - Masculló la voz más terrorífica que jamás había oído Sara.

Sara ahora era presa de la incompreensión, el miedo y la soledad a partes iguales. Y esas manos que habían estado acariciándola con ternura, se volvieron firmes, obligándola a girar lentamente la cabeza hacia el lado contrario. Entonces fue cuando vio el verdadero rostro del horror que se encontraba con ella en la misma cama.